

# Como me llamo Javier

No estaba muy seguro de lo que estaba pasando en ese momento. Solo oía un ruido difuso, muy lejano, pero de lo más molesto. Sentía que mi cabeza estaba a punto de estallar y que mis parpados no tenían suficiente fuerza para poder abrir los ojos. De repente oí, supongo, porque aún estoy muy confuso, una voz que me decía:

- Tranquilo chico, te vamos a sacar de aquí.

En aquel momento, me acordé de lo que pasó, me vino como un flash-back pero en cámara lenta y en blanco y negro. En ese momento empecé a soltar cosas sin sentido, o eso me dijeron los bomberos, hasta que centré un poco mi cabeza, que no sabía si aún la tenía encima de los hombros. Después empecé a preguntar dónde estaba, que había pasado, como había sucedido... Pero lo sabía todo. Sabía que íbamos por la autopista mi padre y yo, sabía que íbamos a ver a mi madre al hospital, y entonces, entonces vimos un camión a contra dirección y no pudimos reaccionar, no vi como chocamos, creo que cerré los ojos, pero al despertarme del revés y con el cuerpo dolorido, saqué mis propias conclusiones. No sé porque lo pregunté, puede porque en las películas siempre hacen lo mismo y, aunque suene estúpido, quería mi momento de estrella de cine.

Mi cabeza se aclaró un poco y mis parpados reaccionaron, abrí los ojos y vi a un hombre con casco intentándome sacar, me dijo que hiciera fuerza con las piernas pero no podía. Cuando me sacaron del coche enseguida me pusieron en una camilla, me inmovilizaron, por un momento pensé que me iban a secuestrar, ya os he dicho que no tenía la mente clara.

Pregunté por mi padre, pero no me contestaron, de respuesta solo obtuve una cara de pena y un silencio que me aterrorizó. No quería perder a mi padre, a él no, ya lo pasamos muy mal con mamá cuando le detectaron cáncer de mama y, ahora que se había curado, que queríamos volver a empezar de cero, otra ciudad, otra casa, otros amigos. Ahora que sabíamos que podríamos llegar a ser felices... No, me negaba rotundamente y me odiaba a mí mismo por haberme pasado esta estúpida idea por la cabeza, era inaceptable esa posibilidad así que, no la acepté, solo cerré los ojos.

Cuando los volví a abrir estaba en el hospital, lo supe porque todo era blanco y triste, además, esa peste a hospital no se olvida nunca. Vino una enfermera a comprobar mi estado y me puso, bueno, no sé lo que me puso, pero me hizo un daño que jamás la voy a perdonar. Entonces sentí una voz en el pasillo. Esa voz tan dulce, tan hermosa, la voz de mi madre que entró a la habitación empujando a toda cosa y/o ser vivo que se le cruzara por el camino. Me disparó mil preguntas en menos de un segundo y yo no entendí nada. Entonces rió y me abrazó. No sabía cuánto necesitaba ese abrazo, pero creo que ella lo necesitaba más que yo.

Estuvimos hablando todo el día hasta que salió el tema de mi padre, entonces ella hizo un gemido y no dijo nada. Yo la miré con los ojos a punto de llorar, sentía como se inundaban de agua y no me dejaban ver nada. Entonces noté una lágrima bajando por mi mejilla y, aunque no pudiera ver nada, sabía que mi madre también estaba llorando. No, no, no, no, mi padre no está muerto, pensaba. Y no lo estaba, estaba en un coma profundo, no sé lo que es peor. Entonces vino un médico, me dijo que se llamaba Manuel y me pidió que moviera todas las extremidades una por una, primero los dedos de las manos, después los brazos, el cuello y, entonces, las piernas. Hasta ese momento no me di cuenta de que no podía mover las piernas,

no las notaba, como cuando duermes encima de un brazo y después no lo notas, exactamente esa sensación. La poca esperanza que tenía se había esfumado. No iba a salir de esa, pensaba, o, al menos, no podía. Mi madre no sabía qué cara hacer y yo tampoco. Le sonreí y le dije que todo iba a ir bien, todo iría sobre ruedas. Ella hizo un intento de risa. Sabía que esa broma no le hacía gracia, ni a mí, pero en momentos difíciles solo me salen bromas, llámalo estúpido, llámalo don.

Salí adelante, empecé la recuperación, sabía que ahora tendría que ser yo quien empujara la familia porque mi madre estaba destrozada y, aunque yo también, cada día le regalaba una sonrisa y me esforzaba aún más. Cada ejercicio que hacía pensaba en mi padre y, aunque suene como una cosa imposible, creía que si yo mejoraba él también.

Sabía que todo iría mejor, lo sentía cada vez más y más fuerte. Todo cambiaría, mi padre se despertaría, yo podría adaptarme a la silla de ruedas, mi madre volvería a sonreír. Sentía que nada, absolutamente nada, ni nadie podría parar mis ganas de luchar. Saldríamos adelante, como me llamo Javier.